

François Fédier

CARTA A ROBERT MARTEAU

Trad. de Francisco Soler Grima
Universidad de Chile, Sede Valparaíso

“Gracias por tu carta. Gracias también por el plazo —pero es preciso que te explique por qué no llego a escribir un “texto” sobre el tema propuesto (Palabra, Poema, Sagrado) — por qué no llego a pesar de reiterados intentos y de esfuerzos, y, sobre todo, a pesar de la afluencia constante de pensamientos. Cada vez que me pongo a querer escribir, todo se vuelve fútil, y dejo el lápiz. Yo no sé si, quizás, un coloquio, o más bien, una suave conversación, entre tú y yo, con mucho tiempo por delante (¿te acuerdas de aquel ‘couscous’ en la plaza frente a la usina Renault?), permitiera ir en dirección de lo que yo entreveo decible.

Bien. De lo sagrado, el *mínimum* es que no se hable de ello si no se tiene la rodilla que se dobla nada más que para evocar lo que eso podría ser. Delante de lo sagrado no hay ninguna voluntad de escribir que se mantenga. Si se mantiene, es que no se trata de lo sagrado. Sin embargo, hay que desconfiar aquí de todo levantar la voz, o, aún, de voz trémula. La voz blanca, pues, se dice:

Lo sagrado es el espacio de lo divino. Es el cielo. El cielo es azul. AZUL —¡una palabra! Lo que ella dice: *fulgor de lo lejano*. El azul es el color sagrado, color del alejamiento. No hay azul sino alrededor de la Tierra. Los “espacios” interplanetarios son negros. Sólo la Tierra reposa “en amable azul” [8]. No es un color, sino la escapada sobre un abismo que no es una sima (ni roja, ni negra) —un abismo sin terror, pues, ni atrayente, ni rechazante: el abismo allá abajo, por todas partes alrededor— nosotros, los dos pies sobre un suelo firme.

Entonces, ¿lo sagrado no es una amenaza? Lo sagrado es inviolable. No viene sobre nosotros, no funda sobre nosotros (sólo un dios puede hacerlo); él se ofrece a la mirada —pero difícil de ver; pues, ¿qué se ve cuando se mira el cielo azul? ¿Dónde está? No es superficie; nuestra mirada se sumerge en él sin detenerse en ninguna parte. Inviolable y salvo. Un momento yo pensé escribir que pudiera ser que lo sagrado

fuera lo que retrocede. Pero yo no creo eso. Pues el retroceso no es sino la ilusión que nace cuando la mirada humana busca asirlo o determinarlo.

Es el espacio de lo divino. “Espacio” no es una buena palabra para decir eso. En lo sagrado viven los dioses —incluso, ellos pueden desaparecer en ello, y entonces se cree que los dioses están muertos y que ya no hay más lo sagrado. Pero los dioses son inmortales, porque ellos “son” *los del cielo* (Hölderlin dice bien: die Himmlischen), es decir: inmortales por *sagrados*.

Comúnmente, yo creo, no se llega a presentir lo sagrado sino por lo intermediario de los dioses o del Dios. De hecho, eso debe ser lo inverso: no puede haber dios allí sino a través de lo sagrado. Puede ser que la “muerte de Dios” venga de una voluntad demasiado tenaz de ver a Dios más alto que lo sagrado; de no ver lo sagrado para percibir mejor a Dios. Pero lo sagrado es lo invisible.

[...]

pero, que no se hable aquí por “metáforas”.

Vamos de nuevo. Como la mosca que incansablemente se golpea contra el vidrio, retornamos a esta tentativa imposible de hablar de lo sagrado.

Si hay dioses, hay sagrado. ¿Puede no haber dioses allí? No. Incluso, la muerte de Dios es un evento sagrado; suponiendo que la muerte de Dios sea el acto de nacimiento de una humanidad liberada, en este sentido ello es aún un evento sagrado. Parece que lo sagrado está indisolublemente ligado a la autenticidad de la existencia humana. La única dificultad filosófica proviene de que siempre se intenta pensar la existencia humana [9] a partir de ella misma, y, pues, lo sagrado como una consecuencia de la existencia humana. Pero, eso es un contrasentido. No hay existencia humana si no hay sagrado, hasta tal punto que se puede decir de lo sagrado que es la sanción original y originante de una existencia auténtica. Como tentativa: el cara a cara del hombre y de lo sagrado sería la verticalidad misma del hombre, verticalidad que llega a ser la esencia de lo humano, y por la cual lo humano responde, es decir, reconoce lo alto y lo bajo como aquello a que la esencia de lo humano está atendida de obedecer. Aristóteles (*De la juventud y de la vejez*, 468 a) dice:

“Al hombre pertenece, en efecto, por su estación recta, sólo entre los vivientes, tener la parte alta en el sentido de lo alto de Todo”.

Lo alto de Todo, esto es lo sagrado, lo que está por encima de nuestra cabeza, lo que no miramos sino levantando el rostro —pero que está allí siempre invisible y siempre desapareciendo (no sabemos siquiera dónde está el cielo) .

Lo alto de Todo. El Todo. Este es el mundo *entero*. Cuando nada falta. Esto se dice en griego: *to holón*, es decir, lo intacto, lo que se dice en latín con la misma palabra: *salvus* —en alemán: “das Heile”, de donde viene “das Heilige” (lo sagrado) .

¿No sería entonces lo sagrado aquéllo sin lo cual nada puede ser jamás entero; ya fuera el mundo, o que fuera lo que fuera? Entonces hablaría extrañamente la frase de Heráclito: “¡Hay dioses, aquí mismo!” —aquí mismo, en esta habitación donde yo escribo, en este lugar, cualquiera que sea, donde tú me lees. Sí, en la simple medida en que haya ahí espíritu, y que este espíritu no sea hipostasiado en “mi”, o bien “tú” espíritu. Nosotros nos entendemos, basta.

Ahora, sería necesario tratar de pensar todo eso en conjunto. Nada separado es sagrado. El mismo Todo —solo, como simple Todo— está aún separado.

El espíritu no es lo sagrado. El cuerpo no es lo sagrado. Pero el cuerpo espiritual (la belleza de un cuerpo —en donde él irradia enteramente): sagrado. Pero el espíritu encarnado (la verdadera palabra, donde el espacio vibra, y para los que no ven: la letra): sagrado. Y quiero subrayar que hablo de cuerpo y de espíritu, porque son nuestros conceptos más tradicionales; sería necesario [10], sin duda, tomar otros (en el fondo yo no lo creo; son muy buenos, si se los piensa con audacia) .

Cuando no hay separación, hay *Mundo*. Mundo no es una totalidad, sino una integridad. Pues la integridad no tiene ninguna necesidad de suma. Mundo es, simplemente, lo contrario de *inmundo*. “Mundo” no es, de hecho, un sustantivo, sino un adjetivo —adverbio. Es bien dicho: las cosas inmundas— lo que quiere decir, si se mira bien, las cosas separadas, sin ninguna relación entre ellas, absurdas y sórdidas—; hay que llegar a comprender: “las cosas mundas”, y se verá: 1º que no hay un mundo, 2º que lo sagrado está bien por todas partes, tan invisible como la luz. Tan invisible y, al mismo tiempo, tan manifiesto. Una manifestación de lo invisible, o bien (pero nosotros no nos fiamos,

no es así querido Robert, de estos juegos de manos) la invisibilidad misma de la manifestación.

*

¿Qué es el poema? Platón lo dice con una precisión de águila olímpica (*Sofista*, 219 b). Hay que aguzar el oído para oír aún hablar a esa lengua. “Poema”, esto sería el poema si existiera un verbo poemar. Es el dictado, si se entiende ampliamente el verbo dictar, *dictare*, frecuentativo de *decir*. Es lo que hay ahí cuando en él ha habido poesía. Y la poesía, dice Platón, es “llevar a ser” cualquier cosa que, *antes*, no podía ser dicha como ente, y, *después* (gracias a la poesía) puede ser dicha como ente.

¡Formidable visión! Sin poesía, nada es aún enteramente lo que es. Sin poesía, el árbol no es aún árbol —él no es dicho como árbol.

Me atrevería a decir: sin poesía —lo inhumano.

Mundo-poema.

¿Habrá entonces una copertenencia del poema y de lo sagrado? Sí. Lo sagrado reclama al poema que sería la gloria de lo sagrado. Matisse (conoces la colección de sus *Escritos y Frases* —libro magnífico— editado por nuestro querido Dominique Fourcade), en un coloquio decía: “Todo arte digno de este nombre es religioso”. Lo que yo comprendo en el sentido etimológico corriente de religión: todo arte *religa*, y lo que él *religa* y *liga*, es justamente la copertenencia del poema y de lo sagrado. ¡Lo que no implica, de ninguna manera, que todo arte tenga un contenido religioso! La Biblia no es un poema. ¡La *Divina Comedia*, sí!

¿Y el poema, abriendo y fundando un mundo, cómo puede pertenecer a lo sagrado?

Porque es Palabra. La palabra es la poesía originaria (lo que no significa primitiva). La palabra es poesía —en esta frasecita se ocultan montones de presupuestos, uno de los cuales es que “palabra”, eso requiere mucho tiempo y mucha concentración para comprender, para ser comprendida como es necesario. Yo digo, para acercarme un poco: cuando la palabra *habla*, ahí no hay signo (al menos, signo en el sentido de Saussure y de los lingüistas. ¡Otra cosa es el Signo de Hölder-

lin!). Inversamente, hay signo cuando la palabra no habla. Entonces sí, se hace necesario interpretar los signos.

La palabra originaria no es signo, sino presencia misma de lo que se habla —presencia quiere decir aquí rigurosamente: movimiento de avanzada en el ser, esta avanzada va a unas con el movimiento de la palabra misma, movimiento muy simple en su marcha, puesto que es el ritmo.

El poema no es una palabra a la que se añadiría el ritmo, sino que es la palabra ella misma, devenida ella misma —si tú quieres, la palabra en palabra. Pues el ritmo es “interno” a la palabra (es el espacio vibrante de la palabra —otra cosa que la elasticidad del medio físico—), es la copertenencia que tiene todo reunido en un único “movimiento”, es lo que Hölderlin, hablando de la luz, nombra “el impulso de su aflujo en el venir e ir”.

Palabra - Poema - Sagrado.

Que yo sepa, no hay otros que los griegos que hayan experimentado con toda claridad al poema como lugar donde la palabra manifiesta lo sagrado. Hölderlin también —en la misma claridad— canta en el poema que, sin título, “compara” el oficio del poeta a la vida del hombre *en día de fiesta*. Hölderlin clama:

...Lo sagrado sea mi palabra.

Culminación del poema: unir la palabra a lo sagrado, que en una palabra eso habla enteramente [11].

Querido Robert —la experiencia penosa de la relectura me revela que yo no he logrado decir como sería necesario este conjunto de relaciones. Justamente porque se trata de *relaciones*— y nada es más arduo que esta noción de relación. Lo sagrado no es nada sino la relación de toda cosa a su integridad.

La palabra por su lado es pura relación, ya que cada palabra no dice nada más que el pensamiento en el que se equilibra el vínculo de toda cosa a su integridad.

Ninguna palabra puede *ser* sagrada —sino la palabra poética. Y aún, ninguna palabra es jamás fija; ninguna llave puede cerrar el vínculo.

Saber la apertura siempre renovada que es propiamente el caos de este vínculo, es el sufrimiento metafísico. En los griegos, este sufri-

miento es nombrado *Pathos*. Pasión, sufrimiento; puede ser mejor *pa-decer*, o aun más simplemente todavía: estar abierto para acoger.

Esquilo en Agamenón enuncia que para los mortales es “por el *pathos*, por esta abertura patética que adviene el conocimiento”.

Excúsame. No puedo continuar más. Esto se pierde como en la arena; escapa; sin duda, yo he presumido de mis fuerzas. Tu cuestión, de ello estoy absolutamente seguro, apunta a una conexión fundamental, que no he logrado presentar libremente. Pues, no es una estructura, sino el rostro espantoso del caos... ¡Tú vez, es esto: estar cara a lo que me espanta, *porque* intento tomarlo, mientras que sería necesario suspenderme en ello y pensarlo como un pájaro piensa el viento”.

[Rev. *Liberté*. Año 1973. Nº 97-98. Montreal]